

## Mi diario

*Iñaki Ugarteburu\**

OCTUBRE 13. Hoy comienzo a llenar las hojas de este diario, ¡con treinta y tres años! He de reconocer que siento cierta vergüenza, pero intentaré cumplir mi promesa; no quiero ofrecer a nadie la oportunidad de acusarme de no hacer esfuerzo alguno para recuperarme. Además, no resulta tan difícil escribir cinco o diez líneas cada día, llenar el papel al menos. ¡Vaya! Hoy he terminado ya mi tarea y puedo acostarme sin remordimientos. Mañana es jueves.

OCTUBRE 14. No puedo ir por ahí diciendo que estoy escribiendo un diario... como los niños. No resulta fácil reconocer que el psiquiatra me ha recomendado escribir algo todos los días y que yo estoy cumpliendo la orden como un niño bueno... Hoy he asistido por primera vez al grupo. ¡Dios mío, qué imbecilidad! Están todos jodidos, están totalmente jodidos... Y yo parezco papá —o quizá el abuelito— dando lecciones a todos. ¡Joder! He sido yo quien ha hecho la mitad del trabajo al psiquiatra. Ya vale por hoy... no es tan difícil esto del diario.

OCTUBRE 15. Viernes. No sé qué escribir. A decir verdad, se me ocurren muchas cosas pero yo no valgo para esto: las ideas vienen y se van... y vuelven; además, no son ni siquiera ideas: son sensaciones y plasmar sensaciones sobre un papel en blanco es... no es fácil. Tengo que reconocer que algunas me dan vergüenza...

OCTUBRE 18. Mañana tengo de nuevo consulta con el psiquiatra. Le diré que sí, que quiero volver al trabajo, a la oficina. Es que no sé qué cara poner cuando me abordan en la calle: «¿Oye, qué tal? ¿Aún de baja?». Y no puedo responderles más que con un tópico: «Ya sabes, acaba uno roto en el trabajo, el estrés que nos mata...». Siempre culpamos al estrés; el estrés lo justifica todo. Y por otra parte ya se sabe: quien vive estresado es un buen profesional, de los que se entregan en cuerpo y alma; y eso está muy bien visto, claro.

\* Universidad del País Vasco. Lejona (España).  
Dirección para correspondencia: [fvpuggai@lg.ehu.es](mailto:fvpuggai@lg.ehu.es).

De modo que cómo voy yo a empezar a contar a nadie que me pasaba noches y noches llorando. Bastante esfuerzo he de hacer para recordar con cierta entereza cómo pasé aquella noche yendo y viniendo a lo largo del muelle nuevo del puerto deportivo, empapado hasta los huesos sin un triste paraguas que me protegiera de la lluvia. Mirando al mar... Como un autómatas. Si al menos fuera de los que son capaces de lanzarse al agua y acabar de una vez por todas. Pero nada, ni eso, una mierda, eso soy yo...

OCTUBRE 20. Lo he pasado mal hoy con el matasanos. Bien tranquilo vivía yo sin tener que sacar a relucir trapos viejos e intimidades. ¡Quién me habrá mandado ir a contar mis cuitas a nadie! Pero le he contado lo de Teresa; y se lo he contado sin perder los estribos (¡increíble!). Le he contado cómo la conocí en la oficina... Yo era un mocoso entonces, con mis veintitrés añitos. No tenía ni los pies en el suelo: soñaba. Poco a poco me he ido dando cuenta, mucho después, de que aquella relación no podía ser normal. Teresa tenía treinta y cuatro años. Se había separado y había procurado alejarse, pero aquel antiguo marido no se resignaba a perderla y la seguía, la perseguía casi. Por eso vino aquí, hasta este rincón a la vera del mar, huyendo; y yo fui su salvador, entretenido en consolarla a todas horas... ¡Valiente idiota! Estoy cansado. Mañana tengo que levantarme temprano...

OCTUBRE 21. En realidad creo que ayer sólo buscaba excusas para dejar de escribir. Pero hoy voy a hacerlo: así al menos no tendré que aguantar que el psiquiatra me lo eche en cara. Aunque quizá mañana tenga un accidente y no pueda acudir a la consulta... ¡No soporito al grupo! Teresa. Vaya, también yo le ofrecí algo a ella, ¿o no? «Al contrario, debería ser al contrario», repetía una y otra vez cuando yo le decía que aquella era mi primera relación. Ella estaba ya bien curtida para un inocente como yo. Y era mi inocencia lo que la seducía. «No tienes por qué hacerlo», le decía cuando sus besos exploraban mi piel más allá de la cintura. «Sólo respondo a tus besos, no te preocupes». Ni siquiera sé si le era sincero; quizá estaba interpretando un papel, pero había algo que me impulsaba desde dentro.

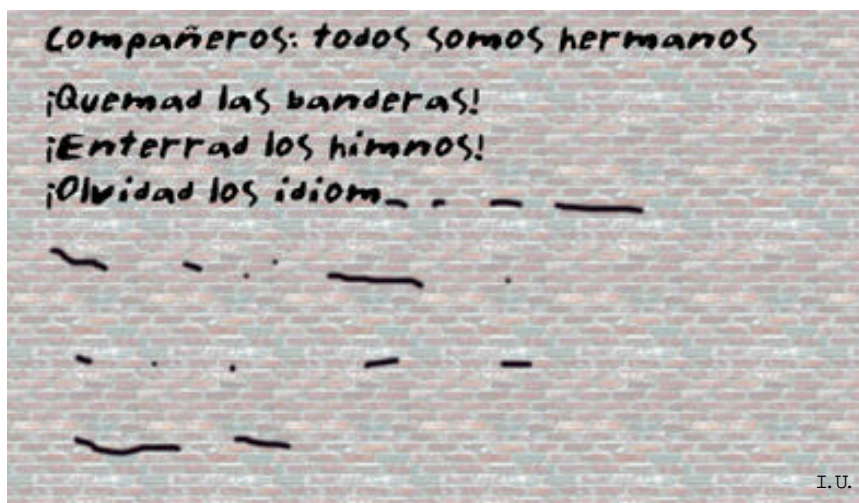
OCTUBRE 25. Mañana tengo consulta de nuevo y más vale no buscar excusas. Creo que ya es suficiente. Todas esas historias son mis historias, mi vida, ¿o no? Bien que le pago las sesiones en su flamante consulta de la calle Mayor, con dinero negro para que vaya pa-

gando ese chalet nuevo que acaba de comprar –¿por qué me cuenta a mí esas cosas el muy arrogante?–; con dinero negro... ¡ni siquiera me da el recibo! A cambio de Prozac. Y me habla de cosas que yo no acabo de comprender: de la gente que nada en la superficie del mar y de los que prefieren sumergirse en las profundidades –he deducido que yo debo ser de esos últimos, aunque no sé muy bien para qué sirve–. Me gusta que me halague, que me diga que soy inteligente... Con más de veinte años bien sabía yo qué consecuencias pueden tener esos juegos, pero nunca le dije una palabra a Teresa. Es increíble cómo puede llegar a cegarnos el sexo. «Tómame –me decía–, tómame». Y yo la tomaba, la obedecía ciegamente. Y ni siquiera quería acordarme de la fuerza del semen de mis entrañas, me imaginaba incapaz de... No sé. Un día quise verla desnuda,

quise acariciarle el vientre... y ella se volvió, me rehu-  
yó. Fue entonces cuando me percaté de lo que ocurría. Sentí pánico. Me alejé aquella misma noche, y no quise pensar. Me alejé aquella noche, hace diez años. En ocasiones siento que un escalofrío me recorre el espinazo. A veces pienso que es ella quien me llama cuando suena el teléfono. Y en la calle... me quedo mirando a los niños que aparentan tener diez años. Siempre me da la impresión de que se me parecen. Nunca me ha llamado. No sé siquiera si sigue viviendo en el barrio de La Marina. Pero cada vez que digo que no quiero mar ni playa, y que prefiero ir al centro en lugar de pasear por La Marina, tengo que buscar excusas para justificarme ante mis compañeros. ¿Pero qué demonios queréis ver en La Marina? les digo. ¡Niños de diez años! ¡Mierda! Eso soy yo, una mierda. Creo que este diario no...

El espíritu y el genio humanos son complejos y llenos de matices. Debido a esa complejidad, nuestra percepción varía y un mismo espíritu puede adquirir aspectos muy diferentes según la cámara que lo observe: la subjetiva cámara interna o la supuestamente objetiva cámara externa, la propia o la ajena, la estática-fotográfica o la dinámica-cinematográfica. El relato «Mi Diario» nos presenta a un ser doliente que se habla y nos habla. El autor propone la lectura y relectura del mismo, o incluso sucesivas relecturas que pueden proporcionar distintas vivencias: la del propio autor del diario que cumple una función catártica y de autoconocimiento, la del profesional que se pregunta si la obsesión ha llegado a dañar los afectos del paciente o a provocar algún tipo de desestructuración en su organización interna, la del ser humano que oye y escucha a otro ser humano y comparte, sin más, su experiencia. «Sin apenas obtener satisfacción alguna en la práctica clínica, algunos psiquiatras se alejan excesivamente del paciente» (Guimón Ugartechea). El autor cree que sin llegar a medicalizar la sociedad y sin llegar a una visión excesivamente patológica del ser y vivir humanos, debemos recordar cuántos y cuántos seres humanos hay a nuestro alrededor que sólo solicitan alguien que les escuche, alguien solidario con sus vivencias y sus penas: no es mucho lo que nos piden y, aún así, se lo negamos. Se lo negamos en el centro de salud al que acude quien sufre (y recibe diagnósticos rígidos y soluciones químicas) y se lo negamos en la vida civil a quien nos manifiesta su sufrimiento en nuestro círculo social (y recibe evasivas o soluciones mágicas). ¿Hasta cuándo?

I. U.



I. U.